

ahora que entonces, y por tanto capaces de producir iguales genios. Si les falta la cultura, no es vicio del clima, sino de su inaplicación. Fuera de que, acaso no son tan incultos como se imagina. El padre Buffier, en el librito que intituló *Examen des prejuges vulgaires*, copió la arenga de un embajador de Marruecos al gran Luis XIV, la cual está tan elocuente y oportuna como si la hubiera formado un discreto europeo.

VI

El concepto que desde el primer descubrimiento de la América se hizo de sus habitantes, y aún hoy dura entre la plebe, es, que aquella gente no tanto se gobierna por razón cuanto por instinto, como si alguna Circe, peregrinando por aquellos vastos países, hubiese transformado todos los hombres en bestias. Con todo, sobran testimonios de que su capacidad en nada es inferior á la nuestra. El ilustrísimo señor Palafox no se contenta con la igualdad; pues en el memorial que presentó al Rey en favor de aquellos vasallos, intitulado *Retrato natural de los indios*, dice que nos exceden. Allí cuenta de un indio, que conoció su ilustrísima, á quien llamaban *Seis-oficios*, porque otros tantos sabía con perfección. De otro, que aprendió el de organero en cinco ó seis días, sólo con observar las operaciones del maestro, sin que éste le diese documento alguno. De otro, que en quince días se hizo organista. Allí refiere también la exquisita sutileza con que un indio recobró el caballo que acababa de robarle un español. Aseguraba éste, reconvenido por la justicia, que el caballo era suyo había muchos años. El indio no tenía testigo alguno del robo: viéndose en este estrecho, prontamente echó su capa sobre los ojos del caballo, y volviéndose al español, le dijo, que ya que tanto tiempo había era dueño del caballo, no podía menos de saber de qué ojo era tuerto; así, que lo dijese. El español, sorprendido y turbado, á Dios y á dicha respondió que del derecho. Entonces el indio, quitando la capa,

mostró al juez y á todos los asistentes que el caballo no era tuerto ni de uno ni de otro ojo; y convencido el español del robo, se le restituyó el caballo al indio.

Apenas los españoles, debajo de la conducta de Cortés, entraron en la América, cuando tuvieron muchas ocasiones de conocer que aquellos naturales eran de la misma especie que ellos, é hijos del mismo padre. Léense en la *Historia de la conquista de Méjico* estratagemas militares de aquella gente, nada inferiores á las de cartagineses, griegos y romanos. Muchos han observado que los criollos, ó hijos de españoles, que nacen en aquella tierra son de más viveza ó agilidad intelectual que los que produce España. Lo que añaden otros, que aquellos ingenios, así como amanecen más temprano, también se anohecen más presto, no sé que esté justificado.

Es discurrir groseramente hacer bajo concepto de la capacidad de los indios, porque al principio daban pedazos de oro por cuentas de vidrio. Más rudo es que ellos, quien por esto los juzga rudos. Si se mira sin prevención, más hermoso es el vidrio que el oro, y en lo que se busca para ostentación y adorno, en igualdad de hermosura, siempre se prefiere lo más raro. No hacían, pues, en esto los americanos otra cosa que lo que hace todo el mundo. Tenían oro, y no vidrio; por eso era entre ellos, y con razón, más digna alhaja de una princesa un pequeño collar de cuentas de vidrio que una gran cadena de oro. Un diamante, si se atiende al uso necesario, es igualmente útil que una cuenta de vidrio; si á la hermosura, no es mucho el exceso. Con todo, los asiáticos venden por millones de oro á los europeos un diamante que pesa dos onzas. ¿Por qué esto, sino porque son rarísimos? Los habitantes de la isla Formosa estimaban más el azófar que el oro, porque tenían más oro que azófar, hasta que los holandeses les dieron á conocer la grande estimación que en las demás regiones se hacía de aquel metal. Si en todo el mundo hubiese más oro que azófar, en todo el mundo sería preferido este metal á aquel. Aportando el año de 1605 el almirante holandés Cornelio Matelief al cabo de Buena Esperanza, le dieron aquellos africanos treinta y ocho carneros y dos vacas por un poco de hierro que no valía de veinte sueldos arriba; y lo bueno es, que quedaron igualmente satisfechos de que habían engañado á los holandeses, que éstos de que habían engañado á los

africanos. Tenían sobra de ganado y falta de hierro. Si acá hubiese la misma sobra y la misma falta, se compraría el hierro al mismo precio.

El padre Lafitau, misionero jesuíta, que trató mucho tiempo aquellos pueblos de la América Septentrional, á quienes, por estar reputados por más bárbaros que los demás, llaman salvajes, encarece en gran manera su gobierno y policía, comparándolos en todo con los antiguos lacedemonios. Es también, lo que se admirará más, gran panegirista de su elocuencia; llegando á decir que hay tal cual entre ellos, cuyas oraciones pueden correr parejas, y aun acaso exceder, á las de Cicerón y Demóstenes. En las *Memorias de Trevoux*, año 1724, artículo 106, se halla la relación del padre Lafitau. Puede ser que en esto haya algo de hipérbole; pero no tiene duda que se hace muy diferente juicio de las cosas miradas de cerca que de lejos (1).

Padece nuestra vista intelectual el mismo defecto que la corpórea, en representar las cosas distantes menores de lo que son. No hay hombre, por gigante que sea, que á mucha distancia no parezca pigmeo. Lo mismo que pasa en el tamaño de los cuerpos, sucede en la estatura de las almas. En

(1) Lo que dice el padre Sebastián Rasles, misionero en la Nueva Francia, parte de la América Septentrional, de la habilidad de los ilineses, que es una de las naciones de la Nueva Francia, es cosa de asombro, y puede persuadirnos á que nada tiene de hiperbólico lo que de la gente de aquellas partes refiere el padre Lafitau. Es costumbre deliberar sobre los negocios más importantes al público, en los convites. El padre Rasles se halló en uno de ellos, que costaba el jefe principal de una población de trescientas cabañas, con cuya ocasión refiere como testigo lo siguiente: «Luégo, dice, que arribaron todos los convidados, se sentaron con orden, unos en la tierra desnuda, otros sobre esteras. Entonces el jefe se levantó y empezó su arenga. Yo os confieso que admiré su afluencia, la exactitud y fuerza de las razones que propuso, el aire elocuente que les dió, la elección y delicadeza de las expresiones con que adornó su discurso. Estoy persuadido á que si yo hubiese escrito lo que nos dijo de repente y sin preparación alguna, convendría sin dificultad en que los más hábiles europeos, después de mucha meditación y estudio, no podrían componer un discurso más sólido ni más bien colocado.» (*Cartas edificantes*, tomo XXIII)

Lo que testifica el padre Chome de la lengua de los guaraníes, nación de la América Meridional, donde ejerció el ministerio de misionero, creo infiere más que mediana capacidad en aquella gente. «Confiésoos, dice, que después que me hice algo capaz de los misterios de esta lengua, me admiré de hallar en ella tanta majestad y energía. Cada palabra es una definición exacta de la cosa que quiere expresar, y da una idea clara y distinta de ella.» Añade luégo que no cede en nobleza y armonía á ninguno de los idiomas que él había aprendido en Europa.

aquellas naciones que están muy remotas de la nuestra, se nos figuran los hombres tan pequeños en línea de hombres, que apenas llegan á racionales. Si los considerásemos de cerca, haríamos otro juicio.

VII

Opondrámeme acaso que las absurdísimas opiniones que en materia de religión padecen los más de los pueblos de Asia, África y América, mucho más la carencia de toda religión, que se ha observado en algunos, nos precisan á hacer bajísimo juicio de sus talentos.

Respondo, lo primero, que aunque los errores en materia de religión son los peores de todos, no prueban absolutamente rudeza en los hombres que dan asenso á ellos. Nadie ignora que los antiguos griegos y romanos eran muy hábiles para ciencias y artes. Con todo, ¡qué gente más fuera de camino en cuanto al culto! Adoraban dioses adúlteros, pérfidos, malignos: Roma, que, como dice san León, dominaba á todas las naciones, era dominada de los errores de todas. En empezando el hombre á buscar la deidad fuera de sí misma, no hay que hacer cuenta de la mayor ó menor capacidad, porque anda también fuera de sí misma la razón. Para quien camina á obscuras es indiferente el mayor ó menor precipicio, porque no los ve para medirlos. Y aun no sé si empezando á errar, se descamina más el que más alcanza; porque en punto de religión, supuesto el primer yerro, fácilmente se confunde lo misterioso con lo ridículo, y afecta la sutileza hallar algunas señas recónditas de divinidad en lo que más dista de ella, según el juicio común.

Respondo, lo segundo, que no podemos asegurarnos de que la idolatría de varias naciones sea tan grosera como se pinta. En orden á los antiguos idólatras, ya algunos eruditos esforzaron bien esta duda, proponiendo sólidos fundamentos para pensar, que en el simulacro no se adoraba el tronco, el

metal ó el mármol, sino algún numen que se creía huésped en ellos. Verdaderamente parece increíble que un estatuario, como le pinta graciosamente Horacio en una de sus sátiras, enarbolada la hacha con una mano, asido un tronco con la otra, perplejo sobre si haría un Priapo ó un escaño, considerase en sí mismo la autoridad que era menester para fabricar una deidad.

Lo mismo digo de los ídolos animados. ¿Cómo he de creer que los egipcios, que fueron algunos siglos el reservatorio de las ciencias, tuviesen por término último de la adoración unas viles sabandijas, y aun los mismos puerros y cebollas, como dice de ellos Juvenal con irrisión irónica, que les nacían en los huertos? *O sanctas gentes, quibus hæc nascuntur in hortis numina!* Más razonable es pensar que aquella nación, que era igualmente inclinada á representar todas las cosas con enigmas y símbolos, adorase en aquellas viles criaturas alguna mística significación que les daban, y que el culto fuese respectivo, y no absoluto. Lo mismo que de aquella nación, se puede discurrir de otras, así en aquel tiempo como en este.

Confírmame en este pensamiento lo que leí de la superstición que reina en la isla de Madagascar. Adoran sus habitantes un grillo, criando cada uno el suyo con gran cuidado y veneración. En una expedición que hicieron cuatro bajeles franceses, el año de 1665, para la India Oriental, entraron de tránsito en la isla de Madagascar. Sucedió que un francés curioso, advertido de la extravagante superstición de aquellos isleños, preguntó á uno de los que entre ellos eran venerados por sabios, ¿qué fundamento tenían para adorar á un animal tan vil? Respondió éste que en el efecto adoraban el principio, esto es, en la criatura el Criador, y que era menester determinar la adoración á un sujeto sensible para fijar el espíritu. ¿Quién esperaría un concepto tan delicado en aquel país? No niego que la respuesta no le redime de supersticioso; pero le pone muy lejos de insensato. Si reconviniésemos á los antiguos egipcios, creo nos responderían en la misma substancia.

En cuanto á los pueblos que carecen de religión, es harto dudoso que haya alguno tal en el mundo. Los viajeros que os aseguran, es de creer que, ó por falta de suficiente trato,

ó por no entender bien el idioma, no penetraron su mente. Clama toda la naturaleza la existencia del Criador, con tan sonoros gritos, que parece imposible que la razón más dormida no despierte á sus voces.

VIII

Apenas, pues, hay gente alguna que, examinado su fondo, pueda con justicia ser capitulada bárbara. No negaré por tanto que no haya entre determinadas naciones alguna desigualdad en orden al uso del discurso. Sé que este depende de la disposición del órgano, y en la disposición del órgano puede tener su influjo el clima en que se nace. Pero si se me pregunta qué naciones son las más agudas, responderé, confesando con ingenuidad que no puedo hacer juicio seguro. Veo que las ciencias florecieron un tiempo entre los fenicios, otro entre los caldeos, otro entre los egipcios, otro entre los griegos, otro entre los romanos, otro entre los árabes. Después se extendieron á casi todos los europeos. Entre tanto que á cada tierra no le tocaba el turno de la circulación, eran tenidos los habitantes de ella por rudos. Después se vió que no entendían ni adelantaban menos que los que tuvieron la dicha de ser los primeros. Acaso si el mundo dura mucho y hay grandes revoluciones de imperios. (porque Minerva anda peregrina por la tierra, según el impulso que le dan las violentas agitaciones de Marte), poseerán las ciencias en grado eminente los iroqueses, los lapones, los trogloditas, los garamantes y otras gentes á quienes hoy con desdén y repugnancia admitimos por miembros de nuestra especie; de modo que, por la experiencia, apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las naciones.

Mucho menos por razones físicas. Muchos han querido establecer esta desigualdad á proporción del predominio de las cualidades elementales que reinan en diferentes países. Comunmente se dice que los climas húmedos y nebulosos pro-

ducen espíritus groseros; al contrario los puros, secos y despejados. Aristóteles se declaró á favor de las tierras ardientes. Lo primero probaría que los holandeses y venecianos son muy rudos, pues aquellos viven metidos en charcos, y éstos habitan el mismo golfo á quien dieron nombre. Lo segundo, que los negros de Angola son más agudos que los ingleses; y no sé que ningún hombre razonable haya de conceder ni una ni otra consecuencia. Pero no es menester detenernos en esto, pues ya mostramos largamente que no puede inferirse desigualdad en el discurso, del predominio que tiene en el temperamento ninguna de las cualidades sensibles. Por lo cual, es preciso confesar que el influjo que el país natalicio puede tener en esto, viene de más oculta causa, innaccesible á nuestro conocimiento, ó por lo menos no comprendida hasta ahora.

Quando digo que por la experiencia apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las naciones, debe entenderse en cuanto á las cualidades esenciales de penetración, solidez y claridad, no en cuanto á los accidentes de más veloz ó más tardo, más suelto ó más detenido; porque en cuanto á esto, es visible que unas naciones exceden á otras. Así es claro que los italianos y los franceses son más ágiles que los españoles, y dentro de España hay bastante diferencia de unas á otras provincias. En esta de Asturias se notan, por lo común, genios más despejados, por lo menos para la explicación, que en otros países, cuya experiencia basta para disuadir aquella general aprehensión de que los países muy lluviosos producen almas torpes; siendo cierto que á esta tierra el cielo más la inunda que la riega, y con verdad la podríamos llamar:

Nimborum patriam, loca fœta furentibus austris.

Pero si entre las naciones de Europa hubiese yo de dar preferencia á alguna en la sutileza, me arrimaría al dictamen de Heidegero, autor alemán, que concede á los ingleses esta ventaja. Ciertamente la Gran Bretaña, desde que se introdujo en ella el cultivo de las letras, ha producido una gran copia de autores de primera nota. Sólo el referir los que dió á las dos religiones benedictina y seráfica sería muy fastidioso. Pero no callaré que cada una de estas dos religiones le debe

tres estrellas de primera magnitud. La primera el venerable Beda, el famoso Alcuino y el célebre calculador Suiset. La segunda, Alejandro de Alés, el sutil Scoto y su discípulo Guillermo Ockan. Con esta reflexión de Cardano (*De subtilit.*, lib. XVI, *De scient.*), que entre los doce ingenios más sutiles del mundo gradúa en cuarto y quinto lugar al sutil Scoto y al calculador, de quienes dice: *Barbaros ingenio nobis haud esse inferiores, quandoquidem sub Brumæ cœlo, divisa toto orbe Britannia duos tam clari ingenii viros emisserit.*

Tampoco callaré que en un tiempo, en que en las demás naciones de Europa apenas se sabía qué cosa era matemática, tuvieron las dos religiones dichas ilustrísimos matemáticos ingleses. En la seráfica fué celeberrimo Rogerio Bacón, que por razón de sus admirables y artificiosísimas operaciones fué sospechoso de magia, y dicen algunos autores que fué á Roma á purgarse de esta sospecha. El vulgo fingió de él lo mismo que de Alberto Magno; esto es, haber fabricado una cabeza de metal que respondía á cuanto le preguntaban. No fué menos famoso en la benedictina Oliverio de Malmesbury, de quien Juan Pitseo refiere que alcanzó el arte de volar, aunque no con tanta felicidad, que pasase de ciento y veinte pasos. Mas al fin ningún otro hombre llegó á tanto.

En las cosas físicas dió Inglaterra más número de autores originales que todas las demás naciones juntas. Y así, los franceses, con ser tan celosos del crédito de los ingenios de su nación, confiesan á los ingleses la ventaja del espíritu filosófico. Sin temeridad se puede decir que cuanto de un siglo á esta parte se adelantó en la física, todo se debe al canciller Bacón. Éste rompió las estrechas márgenes en que hasta su tiempo estuvo aprisionada la filosofía; éste derribó las columnas que con la inscripción *Non plus ultra* habían fijado tantos siglos á la ciencia de las cosas naturales. El doctísimo Pedro Gasendo no fué otra cosa que un fiel discípulo de Bacón, que lo que éste había dicho sumariamente, lo repitió en sus excelentes escritos filosóficos, debajo de otro método más extendido. Lo que dijo Descartes de bueno, de Bacón lo sacó. Después de Bacón son también grandes originales Roberto Boile y el sutilísimo caballero Newton, dejando á Juan Loke, al caballero Digby y otros muchos. Pero la viveza de sus ingenios tiene la desgracia que reparó su mismo Bacón;

pues una vez que se apartaron de la verdadera senda, tanto más velozmente se han extraviado, cuanto más vivamente han discurrido. Aunque no falta en Inglaterra (después que la afeó la herejía) un Tomás Moro, célebre en las ciencias, y aún más célebre por su católica constancia.

También diré que en los filósofos ingleses he visto una sencilla explicación y una franca narrativa de lo que han experimentado, desnuda de todo artificio, que no es tan frecuente en los de otras naciones. Señaladamente en Bacon, en Boile, en el caballero Newton y en el médico Sidenham, agrada el ver cuán sin jactancia dicen lo que saben, y cuán sin rubor confiesan lo que ignoran. Este es carácter propio de ingenios sublimes. ¡Oh desdicha, que tenga la herejía sepultadas tan bellas luces en tan tristes sombras!

Para complemento de este discurso, y en obsequio de los curiosos, pongo aquí la siguiente tabla, sacada del segundo tomo de la *Specula phisico-mathematico-historica* del padre premonstratense Juan Zalm, donde se pone delante de los ojos la diversidad que tienen en ingenios, vicios y dotes de alma y cuerpo, las cinco principales naciones de Europa. El citado autor, que es alemán, la propone como arreglada al sentir común de las naciones. Pero yo no salgo por fiador de su verdad en todas sus partes, y en especial le hallo poco verídico en lo que dice de los españoles; pues no son en el cuerpo horrendos, ni en la hermosura demonios, ni en la fidelidad falaces; antes bien en los cuerpos y hermosura son airosos y en la fidelidad firmes.

	ALEMÁN.	ESPAÑOL.	ITALIANO.	FRANCÉS.	INGLÉS.
En el cuerpo.	Robusto.	Horrendo.	Débil.	Ágil.	Delicado.
En el ánimo.	Oso.	Elefante.	Zorra.	Águila.	León.
En el vestido.	Mono.	Modesto.	Lúgubre.	Proteo.	Soberbio.
En costumbres.	Serio.	Grave.	Fácil.	Ostentador.	Suave.
En la mesa.	Ebrio.	Fastidioso.	Sobrio.	Delicado.	Guloso.
En la hermosura.	Estatua.	Demonio.	Hombre.	Mujer.	Angel.
En la conversación.	Aúlla.	Habla.	Delira.	Canta.	Llora.
En los secretos.	Olvidadizo.	Mudo.	Tacturno.	Hablador.	Infiel.
En la ciencia.	Jurista.	Teólogo.	Arquitecto.	Algo de todo.	Filósofo.
En la fidelidad.	Fiel.	Falaz.	Sospechoso.	Ligero.	Pérfido.
En los consejos.	Tardo.	Cauto.	Sutil.	Precipitado.	Imprudente.
En la religión.	Supersticioso.	Constante.	Religioso.	Celoso.	Mudable.
Magnificencia.	En las fortifica- ciones.	En las armas.	En los templos	En los palacios	En las arma- das.
En el matrimonio, el marido es.	Señor.	Tirano.	Carcelero.	Compañero.	Vasallo.
La mujer es.	Alhaja domés- tica.	Esclava.	Prisionera.	Señora.	Reina.
El criado es.	Compañero.	Sujeto.	Obsequioso.	Criado.	Esclavo.
Enfermedades que padece.	Gota.	Todas.	Peste.	Infección ve- nérea.	El lupo.
En la muerte es.	Desembarazado	Generoso.	Desesperado.	Violento.	Presuntuoso.